

CAPÍTULO XXII.

Mientras Aixá decía lo referido en el capítulo anterior, muy varios sentimientos pasaban por el corazón de aquellos á quienes podríamos llamar su auditorio. Bqabdil, meneaba con dulce indolencia su cabeza, confirmando todo aquello que Aixá decía como un alma suspensa de otra, sobre todo en su voluntad y en su energía. Moraima en esto, no acompañaba por singular excepción á su real esposo. Enamorada con toda su alma de aquel regio garzón, compendiado todo su ser en el oficio y ministerio de adorarle, acostumbrada desde que le vió por la primera vez á contemplarse ufana en aquella su oscura y profunda retina, reducía todo el imperio al corazón del hombre á quien idolatraba, y con tener allí un trono seguro, prescindía fácilmente de todas las humanas grandezas. ¿Qué le iba en la dilatación de las fronteras granadinas con tal que

le quedase un estrecho espacio donde amar? Pues como el ave que tiene todo el cielo por suyo, merced á sus alas voladoras, ¡ah! se repliega y reduce al nido por amor, la bella Moraima se reducía por amor á los camarines de su haren y á las caricias de su esposo. Isabel, ó sea Zoraya, experimentaba otros afectos. El recuerdo vivo de la tierra natal ausente, las creencias religiosas arraigadas en su alma, todos estos afectos juntos, constreñíanla con sus naturales impulsos á pedir, en mudas pero fervientes oraciones, al Dios de sus padres, la victoria, sobre los musulimes, de su nación y de su iglesia. Por lo mismo que los sentimientos provocados en aquellas diversas almas, resultaban de suyo contradictorios y opuestos con los dichos en el calor de su entusiasmo por Aixá, nadie le replicó, ni podía replicarle. No le replicó Boabdil: primero por la pereza natural á su temperamento, y después por la conformidad en que vivía siempre con su madre. No le replicó Moraima por temor natural á contradecir al esposo, aunque del esposo disintiera en aquel supremo instante de su corazón enamorado. No le replicó Zoraya, porque la réplica hubiera equivalido á la muerte, y quería vivir para su religión y para su patria.

Así, después que hubo pasado cierto espacio entre la que podríamos llamar arena bélica de Aixá, y el asentimiento más ó menos forzoso de sus oyentes, la Sultana, que no podía estarse quieta, y que llevaba su actividad por mil encontrados

caminos, exclamó, volviéndose á su regio vástago, con el acostumbrado imperio.

—Boabdil.

—Madre—respondió Boabdil con acatamiento.

—Harto hemos departido ya; y como conozco á ciencia cierta que no basta el valor, siquier se haya recogido como tú en la generación lo recogiste de cien abuelos ilustres, y se necesita de la ciencia también para gobernar y regir á los pueblos, te conjuro á que despidas todas las mujeres del haren y llames inmediatamente á tu maestro Caid, quien habrá de seguir industriándote, como desde niño en las ciencias históricas, teológicas y naturales, todas ellas indispensables á los soberanos sin excepción, pero entre los soberanos, á los que han de reinar sobre las hermosas tierras del Andalus, ilustradas por tanto número de sabios inmortales y por tanta copia de luminosas ciencias.

—Madre—haré lo que tú mandes.

—Fuera todas las mujeres—dijo Aixá.

Y las siervas desaparecieron todas como si el pavimento se las hubiera tragado. Moraima se hubiera ido también de aparecer allí cualquier otro varón, pero pertenecía Caid á los eunucos del serrallo y entraba en su calidad excepcional de sabio y de maestro por donde le pedían el capricho y el gusto. Así es que, Moraima pudo quedarse allí en la sabia lección, mientras todas las demás mujeres tuvieron que irse para no distraer al monarca. En los primeros días de su matrimonio, la severidad

incontrastable de Aixá, no permitía que Boabdil diese sus lecciones y tuviera sus conferencias, con el sabio moro sino á solas. Pero persuadida luego de que la separación entre los esposos, aunque fuera por un tabique, traíalos á mal traer y embargaba el ánimo de Boabdil, en manera tal, que no fijaba su pensamiento en las sabias lecciones, Aixá, implacable para todo el mundo y afectuosísima para su hijo, dejóle aquella compañía querida é indispensable á la tranquilidad completa de su alma. Por su parte Moraima, para no separarse ni un minuto del amado joven, reducíase á profundo silencio y tomaba las lecciones dadas á su marido con la constante aplicación propia de un verdadero estudiante. Permanecieron, pues, en la cámara que servía como de vestíbulo al haren, la madre y los dos hijos, que aguardaron bien poco tiempo á Caid, preparado para sus lecciones.

—Demos con vuestro permiso—dijo Caid—algún repaso de vieja literatura.

—Que me place—respondió Boabdil.

—Y mucho más á mí, Caid, á mí que gusto de aprovechar las lecciones dadas por tu saber á mi Boabdil.

—Cumpló religiosamente vuestras órdenes—dijo Caid—y obedezco todo cuanto vuestra regia voluntad ordena.

—Hogaríame—añadió Aixá—que le recordaras alguno de nuestros poetas, célebres por su enemiga implacable á los extranjeros y á los demás

enemigos de nuestra religión y de nuestra gente.

—Para satisfacerte, Sultana, recuerdo ahora el nombre de un faquí excelente, hijo de la tribu de Todgib, llamado el tradicionalista por su empeño en difundir las tradiciones referentes al Profeta, de labios que manaban ciencia teológica en los retiros y en los desiertos.

—¿Y qué llegó á escribir ese poeta?—preguntó Aixá como si ella recibiera las lecciones del maestro y no su hijo Boabdil.

—Pues un poema contra los judíos; á consecuencia del cual cuatro mil de estos perros fueron degollados en una sola tarde, á pesar de hallarse protegidos por el Sultán, quien había nombrado á uno de ellos, conocido con el nombre de Joseph, nada menos que visir en su reino.

—Bien se necesitan, Caid, tales ejemplos, ahora que Hacem es osado á nombrar nazarenos, célebres solo por sus traiciones y por sus perjuros, nada menos que depositarios de sus secretos y visires de su reino. No hay en Granada ¡oh mengua! poeta que componga versos contra crímenes tales, ni brazos justicieros que los persigan y que los castiguen.

—Isahc fué uno de nuestros mejores poetas religiosos. Y hoy mismo los cantores en los entierros, los imanes en los sermones, pronuncian muchas de sus admirables poesías. Los verdaderos lobos, dice, con estro en ellas, no son más de temer que los falsos imanes. Cuando se dirige á quien han

nombrado visir de los granadinos, la indignación llega y sube hasta el arrebató más elocuente por medio de frases vejatorias nunca igualadas en los idiomas árabes. Los monos, exclama, que apenas parecen hombres, han sido elevados á las alturas del poder y cuentan entre sus servidores á los musulmanes más nobles y más devotos. La religión padece mucho con que los hijos de la raza impura cabalguen como si pudieran llamarse caballeros, junto á los grandes señores de la corte. ¿Quién me dijera que nosotros habíamos de servir en Granada y ellos mandar; nosotros ofrecer los tributos y ellos cobrarlos; nosotros comer por un miserable *dirhem* y ellos en suntuosos banquetes; nosotros llevar usadas hardas y ellos magníficas vestimentas; nosotros pordiosear por las puertas y ellos al borde maravilloso de nuestras albercas dormirse hartos de carne inmolada según sus ritos al arrullo de nuestras guzlas y al vapor de nuestros pebeteros? Estas y otras palabras del poeta produjeron tal entusiasmo en los fieles contra los infieles que un sábado, día 10 del mes de Zafar, en el año 459 de la Hégira, 4.000 judíos fueron degollados en las granadinas calles, respirando á su sabor tranquilos después de tal matanza los verdaderos creyentes.

—He ahí—exclamó Aixá después de haber oído estas palabras, —he ahí lo que ahora necesitamos nosotros, unos poetas que tengan esas inspiraciones por la religión y por la patria, seguidos de unas muchedumbres bastante valerosas para lanzar fuera

del edén granadino esos provenzales, catalanes, y hasta italianos, hijos infames de las tierras de Afrac, quienes arriban aquí tan solo para corromper nuestras costumbres y para extinguir nuestras creencias.

Boabdil, que no participaba del furor de su madre, y que tenía por demasiado arqueológica su rabia contra los infieles y sus creencias, no queriendo combatirla directa y manifiestamente, convirtió los sabios discursos del maestro, desde las letras á la geografía, y le pidió noticias curiosas acerca de las tierras granadinas y andaluzas. Abundando, pues, en la idea de distraer á su madre y divertirla un tanto de sus propósitos guerreros, se dirigió al sabio en estas palabras:

—Dime, Caid, ¿el nombre tan usado entre nosotros de Medina, quiere decir solamente ciudad, como algunos creen?

—Quiere decir, Boabdil, ciudad; pero también ciudad capital. Sucede con la palabra Medina, lo que sucede con la palabra Alcazaba, la cual no es solamente fortaleza, como muchos creen, si no también capital. Medina tiene tres significados: ciudad, capital y provincia.

—¿Quién dió el nombre de tierra del Andalus á la región predilecta de nuestros padres?

—Nosotros los creyentes—respondió Caid.—Los autores cristianos jamás llamaron á la Bética de los romanos Andalucía; la designamos nosotros así. Cuando Tarik llegó á Tarifa, encontré con

que tal sitio se llamaba la península del Andalus, y de aquí el nombre de Andalucía.

—¿Crees tú que Granada sea la Iliberis antigua ó que haya estado más lejos esta ciudad en remotos tiempos?

—Yo creo á Granada la célebre Iliberis. Si hay territorios cercanos á ella que lleven el mismo nombre, tal coincidencia proviene de que toda la región se llamaba como su capital. Cuando el jefe de los omniadas, Abderramán, venció al emir Yusuf, éste se refugió en Iliberis, llamada Granata ó Granada en el habla popular, á causa de su hermosura, que la confundía ó, por lo menos, asemejaba mucho á tan bella y purpúrea fruta, cuando por el estío se abre mostrando su corona partida y su seno fresco y oloroso y rosado como el cáliz de la primera y más aromosa entre las flores.

—Y el Genil, ¿por qué se llama de esa suerte?

—Llamáronlo Singuilis los romanos; Singilos, á su vez, los bárbaros; Chinnil, primero, nosotros, hasta quedar en la forma y en la pronunciación que damos á su nombre hoy en Granada.

—Y el Darro ¿cómo se llamó?

—El Darro se llamó primero Colzón, que quiere decir río rojo, nombre que le cuadra por su color, y más tarde se llamó Adarro. Así como el Genil proviene de Sierra Nevada, el Darro proviene de la colina designada con el apellido de los Mirtos, colina por estas plantas inmortales aromada.

—Caid—dijo Aixá—no desdeñes dar también al-

gunas lecciones de ciencias naturales á Boabdil.

—Sea en buen hora—exclamó Caid—y para más en ella industrialarle debo decirle, con algunos de nuestros sabios, para qué deben servir los animales al hombre y el hombre á los animales.

—Justo—dijo Aixá—conviene hablar y hablar mucho de todo esto por ser cosa curiosísima y en cuyos secretos importa que se halle industrialado un joven príncipe, venido al mundo para llamarse monarca y dominar sobre todos los demás hombres, como seguramente dominará Boabdil, cuya vida prospere Dios, sobre Granada.

—Grande asunto en verdad—dijo Caid—el asunto de las relaciones del hombre con los demás animales, porque hasta la tierra necesita y pide mucho á la humana justicia.

Y en todo, en las esferas celestes y en las familias animadas, en todo, en contemplar el astro lejano y el polvillo que lleva la mariposa sobre sus alas, en todo, se aprende la difícil ciencia indispensable para la dirección y el gobierno de los hombres.

Pues bien; litigaron cierto día con abogados y todo, los seres racionales y los seres puramente animados respecto de lo que se debían unos á otros entre sí. El abogado y vocero de los hombres comenzó á invocar el Koran sacratísimo, en cuyas páginas se dice que Dios formó al primero entre todos, á nuestro padre Adan, de una gota de agua y á nuestra madre Eva de una costilla de Adan, y

en el capítulo xvi, en el xxiii y en otros, Dios dijo á la recién creada pareja que había hecho para ella los ganados y que á virtud de tal munificencia suya debían alimentarse con sus carnes y vestirse con sus lanas. Así encantan el desierto con sus esquilas y con sus balidos, cuando van por la mañana en busca del pasto y cuando vuelven por la tarde cansados dentro del aprisco. Y aún dijo más Dios: recorreréis la tierra sobre los lomos de los camellos como recorreréis los mares en los vientres de los barcos. Caballos, mulos, asnos, han sido hechos para cabalgaduras de los hombres: montad en sus espaldas y reconoced la misericordia de Dios. Naturalmente, como Dios está muy alto y es demasiado grande para entender en estas cosas pequeñas, había delegado uno de sus ángeles que presidiera el tribunal y escuchara el pleito. Y este delegado dijo, volviéndose al vocero de los animales: ved cómo el orador y vocero de los hombres apoyó sus pretensiones en textos claros del Koran. Ahora debéis hablar vosotros y decir cosas de tanta gravedad como las que acabáis de oír. Tomó la palabra el mulo y dijo: Loado sea el Ser único anterior á la Creación del mundo y superior al tiempo y al espacio. Dios crió la raza de Adan mandándola por aquí abajo para que cultivara y no para que destruyera la vida. Los animales son sus servidores, y por ende, ha de seguirlos, mas no tiranizarlos. Los versículos citados por el vocero de los animales han de compadecerse con otros versícu-

los que yo quiero recordar también del Koran. Si en el capítulo xvi dice tan sacro libro que los rebaños se instituyeron ó crearon para el hombre, también dice á su vez en el capítulo xxii, que los soles y todos los astros se encendieron para el hombre. Y así como no puede apagar los astros, porque los haya encendido Dios para esclarecerlo, tan poco puede á su vez aniquilar los animales, porque los haya Dios traído á la vida para obedecerlo y para servirlo. No se veía un hombre para un remedio en los primeros días de la Creación, cuando ya triscábamos nosotros por montes y por valles. Si hay en toda grande antigüedad nobleza, nosotros somos verdaderamente mucho más antiguos y, por consecuencia mucho más nobles que los hombres. No existían estos cuando ya existíamos nosotros. Nuestros padres vivían felices antes de que Adan apareciese. Apareció Adan, y con su aparición el mal y la desgracia. Sus protervos hijos, multiplicados para nuestro mal, nos cogieron y nos tiranizaron. Dividieron nuestras pieles de sus huesos; asaron nuestras carnes; y les servimos, inmolados y muertos, de alimento. Pero todo esto se debe á su tiranía y no á su derecho: que nosotros fuimos criados, como todas las criaturas, para vivir y no para ser devorados por insaciable apetito de los déspotas. Nosotros dependemos del hombre, pero también el hombre de nosotros depende. Y la razón es clara. Nosotros podemos vivir sin el hombre y el hombre no puede vivir sin nosotros. Pues

tengamos las consideraciones debidas á todos cuantos hemos de menester en este mundo.

—Bien está cuanto ahí dices, Caid, y bien muestras con estos ejemplos cómo el rey debe proceder en sus actos y en sus pensamientos, de suerte que atienda con esmero á los seres animados como á los seres inanimados, procurando, sobre todo, que los irracionales no dañen á los racionales, y que los irracionales á su vez no sean por los racionales tiranizados. Pero conviene más darle á Boabdil morales enseñanzas del modo cómo ha de portarse para con sus vasallos entenderse, dirigiendo por buen camino, y á puerto seguro, toda su gente para que su nombre sea bendecido en el tiempo y su alma recibida en el paraíso.

—Comprendo Aixá tu advertencia—dijo Caid un poco picado y ofendido en su interior de que la Sultana se metiese con su genio avasallador é imperioso hasta en las trazas por él apercibidas de luegos días al cultivo de aquella joven y perezosa inteligencia.

—Perdona Caid—añadió Aixá conociendo por lo expresivo de su gesto lo acerbo de su contrariedad,—perdona si héme atrevidó á darte algunas advertencias á ti, advertido de todo por ingenio peregrino y profundo estudio.

—Pues como advertido de todo—replicó el sabio,—molestado nuevamente de que Aixá hubiera conocido su disgusto, y apenado de haberlo así puesto en claro, como advertido de todo, advierto

el amor maternal tuyo con las ideas que te sugiere y con las impacencias que te impone. Mas no lo dudes; á las imaginaciones orientales, el símbolo y el apólogo les cuadra mucho más y les va mucho mejor, y les enseña copia infinita de ideas que no llegarían por otros canales menos hermosos á sus inteligentes pero soñadoras almas.

—Sí; lo confieso—replicó Aixá.—El apólogo es la enseñanza más apropiada para la juventud, porque reúne á insondable profundidad en las ideas, indecible belleza en las formas.

—Huélgome, Aixá, de que así lo creas, y no solamente lo creemos nosotros, árabes, y por árabes, acostumbrados á contener las ideas en fábulas ingeniosas, lo creen también los cristianos. Alonso, conocido en Castilla justamente con el nombre de sabio, vertió al castellano en su libro de *Calila y Dimna*, las enseñanzas contenidas en otro famoso libro nuestro, en el *Sendebár*, traducido también por otro hijo de Fernando III, de aquel Fernando que nos robó Córdoba y Sevilla. Luego, su ilustre nieto el infante D. Juan Manuel, puso todas estas enseñanzas en su libro de *Patronio*. Por manera que nuestros apólogos se hallan en la tradición consagrados á la enseñanza de grandes principios morales.

—Pues imbúyele tú esos principios—dijo Aixá con dulzura bien ajena á su temperamento,—sea cualquiera la forma de tu enseñanza.

—Para saber cuánto conviene á los reyes la pre-

visión, acuérdate del oriental cuento que voy á referirte.

—Habla Caid amigo—exclamó Boabdil por decir algo,—que todo mi cuerpo se ha trocado en oídos.

—Pues oye. Sembraban unos labradores en la debida sazón semilla de lino; y advirtiolo con su perspicacia congénita la previsora golondrina. Y en cuanto lo notara, convocó y congregó las demás aves, para decirles cómo de aquellas simientes brotarían plantas, y de aquellas plantas se sacarían fibras, y de aquellas fibras hebras, y de aquellas hebras se urdirían redes, lazos y otras industrias para perseguirlas y cazarlas, por todo lo cual conveniales arremeter con sus picos las simientes y no dejar una sola en los bien cultivados y bien apercebidos hoyuelos. Rieronse las aves de tal previsión prematura y echaron á volar sin curarse de cosa que sólo podía venir tras luengos meses. Las golondrinas, más sabias, viendo que no podían esperar provecho de sus compañeras, entendiéronse con los hombres y pactaron cordial alianza, ya que no pudieran hacer nada contra ellos y sus obras por medio de la guerra. El tiempo confirmó tal previsión. Crecieron las matas de lino y los labradores las segaron, las recogieron, las secaron, hasta trocarlas en guitas y de las guitas hacer redes, con que acecharon y prendieron á todas las aves, menos á las golondrinas, perdonadas por aquel entonces en todas las cazas. El sabio autor de tal apólogo ha querido enseñar con su doctrina y yo te lo reitero

á ti, cuánto conviene la previsión á todos los mortales y con especialidad á los reyes.

—Por eso—dijo Aixá,—le aconsejo yo, que procure con tiempo ahora evitar los males amenazados en más ó menos certero porvenir.

—Nunca, nunca, por muy afligido que te halles, y por muy desgraciado que parezcas; nunca debes creerte á ti mismo el más infeliz de los mortales, porque nadie ha podido agotar ni el bien ¡ay! ni el mal en este mundo.

—¡Cuán cierto es eso!—dijo Boabdil.

—¡Cuán cierto!—añadió Moraima.

—Un rico llegó á tal penuria que se alimentó por muchos días con miserables altramuces. ¿Habrás otro preguntaba que coma un manjar como éste á la boca tan áspero y amargo, á las entrañas tan pobre y desabrido? Mas en esto vió que otro infeliz devoraba las cáscaras de los altramuces que había él mismo arrojado con desprecio al suelo.

—Profundísimo apólogo—dijo Boabdil.

—Pues aún quiero decirte otro para que no te asustes de las trazas y de los engaños que suelen arbitrar los enemigos en la guerra.

—¡La guerra!—dijo Moraima, como temblando, en aquella profunda paz y en aquel resguardado retiro, por su Boabdil.

—En la guerra; sí—exclamó Aixá dirigiéndose con furioso ademán á su nuera.—Pues qué, ¿has creído que vas á tener cosido siempre á tu rapacejo el regio esposo?

—Sentirlo, madre, no es evitarlo.

—Justo, madre mía—añadió Moraima—lo mismo que Boabdil ha dicho sentía yo. Alah me guarde de impedirle por motivo ninguno, y menos por mi amor, el estricto cumplimiento de sus sagrados deberes.

Boabdil miró á su esposa con mirada en la cual se contenían las más sinceras manifestaciones de profundísima resignación.

—Continúa, Caid, continúa—dijo Aixá, mandando como siempre.

—Andaba un gallo por los alrededores amenísimos de una grande quinta y topó con astuto raposo. Al ver tamaño enemigo de su casta, subióse á un árbol, alongándose así del peligro. Mas el raposo, industriosísimo de suyo, comenzó á golpear con su rabo en el tronco, asustando al inexperto y candoroso gallo. Corrió este á otro árbol para mejor guarecerse, y al árbol aquel arremetió el zorro con la misma industria. De árbol en árbol fué volando el gallo para huir al raposo y de tronco en tronco fué corriendo el raposo para intimidar al gallo. Cansado á la postre y fin éste, por no ser grandemente volador, cual acontece á todos los gallos, cayó en las uñas de su astuto enemigo. No le sucediera tal cosa, no, si en el árbol primero se quedara.

—Fábula instructiva en verdad.

—Pues cata otra—dijo Caid—que mucho te ha de placer.

—Oigámosla—contestó maquinalmente Boabdil.

—Los cuervos y los buhos andaban entre sí en desatada guerra. Inferían estos á los otros mucho daño, como suelen todas las aves nocturnas, que aprovechan el sueño de sus enemigos y se deslizan ¡taimadas! por las tinieblas en daño de todos. Los cuervos no podían vivir con la enemiga de las nocturnas aves; y uno, más experto entre ellos, aconsejó que lo pelaran sus propios prójimos para presentarse como víctima entre los enemigos, captarlos con perfidia y perderlos y destruirlos luego con seguridad. Admitieron los buhos al redomado enemigo y pagaron amargamente su confianza, pues cuando más descuidados vivían, les procuró el traidor á los suyos una emboscada en que cayeron los traicionados rotos y vencidos. No creas nunca jamás al que una vez llegó á engañarte, porque tirará siempre con sus habituales mañas á herirte y á perderte.

—Ya ves, Boabdil, cómo Caid te aconseja siempre la sabia desconfianza de los falsos amigos.

—Pero también le aconsejo que no desame ni se desavenga jamás de los verdaderos amigos. Dominaban á todas las alimañas el toro y el león unidos en una sincera concordia. Por medio de las uñas y de las quijadas del fiero león, dominaba el toro en todos los animales carniceros, y por medio de las grandes astas del bravo toro, dominaba el león en todos los animales herbívoros. Los dominados comprendieron que para poseerse á sí mismos y

desligarse de la común dominación, habían menester una enemistad entre los dos fuertes reyes del reino animal. Y los carniceros tomaron como instrumento al feroz lobo y los hervíboros al cordero, privado éste del toro y privado aquél del león. Aceptaron ambos á dos el papel que les designaban los demás animales é indispusieron al toro con el león. Tras esta enemistad vino el que dejaran de ser uno y otro emperadores únicos de sus sendos semejantes.

—Yo aconsejo— exclamó Aixá, entendiendo que la lección se dirigía no tanto á Boabdil como á ella— yo aconsejo á mi primogénito la cordial amistad con su hermano menor, pero la implacable y eterna enemistad con aquel que le usurpa el gobierno, perteneciente ya de derecho á Boabdil, en Granada, y que le recluye aquí en el serrallo como padre de familia, cuando Alah en sus designios lo destina seguramente á padre de su pueblo.

Moraima no quiso decirlo, ni pudo ciertamente; pero, allá, en sus adentros, experimentó impulsos varios de afecto á su buen suegro, sólo comparables con los impulsos que sentía de despego y desafecto hacia su terrible suegra. Inútil decir que á Moraima, en su amor, le gustaba más el destino de padre de familia designado por Hacem á Boabdil, que áquel otro destino designado por Aixá de padre de su pueblo.

—Boabdil— dijo Caid,— vas á ser mi señor y yo tu vasallo; pero entiende que no basta para el oficio

de reinar, oficio difícilísimo, regodearse aquí, en los camarines y estancias orientales con placeres más ó menos sensuales y vanidades más ó menos pasajeras. Rey merecerás llamarte si añades algo á tu reino; y no lo merecerás, no, si algo le quitas ó en algo lo mermas.

—Verdad, Caid— exclamó la Sultana madre;— verdad cuanto dices ahora. Si no merece llamarse rey quien merma la extensión de sus Estados y resta del número de sus pueblos, quitémosle con justicia ese inmerecido nombre á quien ha dejado perder la bella ciudad de Alhama.

—Un ejemplo, siguió diciendo Caid,— como si no llegaran á sus oídos las frases de Aixá;— un ejemplo te industrialará en cuanto acabo de advertirte. Hubo en Córdoba un Califa de inmortal nombradía, hijo de Abderraman III y destinado por Alah y el Profeta en sus designios á maravillosísima gloria. Mas en los comienzos de su reinado, acaso por su tierna mocedad, encendida en deseos la sangre y acalorada la mente de ilusiones, consagrábase por completo al ocio y al placer. Holgaba, bebía, cantaba, tañía, amaba, como si no tuviese que responder á Dios del inmenso reino y de los innumerables vasallos. Preguntábanse, viendo tal perezosa vida estos, en qué se conocía que por un Califa estaban regidos y mandados, pues ningún aumento recibiera de aquel príncipe su gloriosísimo y antiguo Califato. Alaquem, oyendo un día de zambras cierto instrumento llamado albogón, cayó en que no daba

sonidos tan dulces como los por él deseados y añadióle un agujero. Y este agujero, única invención de su cacumen, fué designado desde aquel entonces, con la sarcástica denominación del aditamento de Alaquem. Llegó á oídos del monarca la burla, y para desquitarse, aumentó con tal grandeza y maravilla la grande Aljama occidental, sus arcos de graciosas herraduras, sus columnas parecidas á los troncos de un bosque, sus capillas tapizadas de mosaicos, sus minaretes sombreados por las palmas, que desde tal obra llamóse á todo lo milagroso en Córdoba el aditamento de Alaquem.

—Grande y merecida lección le has dado, Caid, al heredero de la corona granadina. Suspendamos ya esta larga enseñanza y consagrémonos á rumiarla en la memoria, sacando con provecho de toda ella los jugos necesarios á la manutención y robustez de nuestro espíritu. Yo, después de todo cuanto he oído, aconsejo á mi Boabdil que lo reflexione y lo medite á su vez. El tiempo presente pareceme de prueba. Los cristianos, ensoberbecidos por la toma de Alhama, y disciplinados por monarcas muy superiores á los dos últimos desdichados monarcas, piensan derribar las puertas de nuestra ciudad y entrarse por sus calles en son de guerra y de conquista, sin parar hasta que hayan puesto su aborrecida cruz en nuestras bermejas torres. Tú, Boabdil, eres la última esperanza de una raza; tu corazón es el asilo último de nuestros templos, de nuestros reinos, de nuestros recuer-

dos. Tiéntalo y ve si es bastante grande para que puedan caber dentro de su seno tales y tantas grandezas. El clarín del combate ¡oh, Boabdil! te llamará con sus acentos mañana y tendrás que atenderlo y que seguirlo. Prepárate desde hoy á las tristes asperezas de la guerra para obtener los merecidos logros de la victoria, como se prepara el creyente y el ulema en repetidas penitencias á obtener la bienaventuranza. No hay hora segura, no, en tu reposo. Tendrás que dejar tu lecho y tu palacio y tu Moraima, y que ir al combate para buscar en la victoria una indispensable confirmación á tu frágil y decaída corona. Vuelve, pues, al camarín con tu esposa, recreáte allí cuanto quieras, pero entiende, que no ha de ser muy larga tu holganza, pues de un lado los crímenes de Hacem y de otro lado los retos de Castilla, te impondrán la guerra. Tu madre, á quien los suyos denominan Horra porque jamás vaciló ni un minuto en el cumplimiento de todos sus deberes, no pudiendo por ti hacer otra cosa, enderezará su espíritu al cielo y diciendo que Dios sólo es grande, pedirále comunique una parte mínima de su grandeza y de su poder, al mismo á quien ha dado una corona. Idos, pues, hijos míos á descansar. Vete á descansar, Caid, también. Y que Alah después de haber prosperado tu vida por largos días, crea deber darte cual mereces glorioso nombre aquí en la tierra y bienaventuranza eternal allá en el Paraíso.

El sabio, el príncipe y la princesa, después de

saludar con todo respeto á la Sultana, fuéronse á sus habitaciones respectivas, pero la Sultana se quedó allí absorbida en proyectos de maquinaciones nuevas contra su esposo Hacem y á favor de su primogénito Boabdil.

CAPÍTULO XXIII.

—¿Qué?—Preguntaba con grande impaciencia el Sultán Hacem al renegado Venegas, recién introducido en su presencia.

—¡Oh!—dijo Venegas,—limpiándose de su frente ancha y espaciosísima el sudor que la bañaba.

—Deja fatigas á un lado é instrúyeme súbito en cuanto aquí pasa.

—No es tan fácil, Hacem, arrancarle al serrallo su presa.

—Ya lo creo.

—Si tú ó yo demandamos el cuerpo de Zoraya, ten por cierto que promovemos grandes sospechas en Aixá.

—Que Dios confunda—exclamó Hacem,—de antiguo herido por el proceder y por la complexión de su esposa.

—He pensado...—Y Venegas detuvo un poco su aliento al decir esta palabra.